

Erotismo, violencia y acción política

*Roberto Manero Brito**

Resumen

El artículo versa sobre el erotismo. Se establece cómo el erotismo supone la violencia como componente fundamental, y sus formas actuales lo determinan como un erotismo de la dominación. Por ello, no hay erotismo sin sumisión. Las formas actuales y dominantes del erotismo como erotismo patriarcal exigen roles diferenciados al hombre y la mujer: roles pasivos y activos, de víctima y de victimario en sus formas sagradas. Frente a la violencia erótica, se han planteado otras formas de erotismo como pasión tranquila, o como un erotismo desprovisto de agresión y violencia. Se analiza cómo en esos planteamientos la violencia se encuentra desplazada hacia la acción política. Finalmente, en esas formas de erotismo femenino, habría que preguntarse si efectivamente subsiste una forma alterna de erotismo, o sería otra de las caras que invoca el erotismo patriarcal.

Palabras clave: erotismo, sexualidad, política, violencia, dominación, sumisión, institución, contrato.

Abstract

The article deals with eroticism. It sets out how eroticism supposes violence as an essential component, and determines their current forms as domination eroticism. Therefore, there is no eroticism without submission. Current forms of eroticism as patriarchal eroticism require different roles to men and women: passive and active roles of victim and perpetrator in their sacred forms. Facing the erotic violence, they have raised other forms of eroticism as

* Profesor-investigador, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

quiet passion, or as an erotic devoid of aggression and violence. It examines how in these approach-es the violence is displaced toward political action. Finally, in these forms of female eroticism, we should ask ourselves if indeed remains an alternate form of eroticism, or would be another face that invokes the patriarchal eroticism.

Key words: eroticism, sexuality, politics, violence, domination, submission, institution, contract.

En la Antigüedad, la destitución (o la destrucción) que funda al erotismo era lo bastante sensible como para justificar un acercamiento del acto de amor y del sacrificio [...] Pero ya desde ahora, insisto en el hecho de que el participante femenino del erotismo aparecía como la víctima, el masculino como el sacrificador, y uno y otro, en el curso de la consumación, se perdían en la continuidad establecida por un primer acto de destrucción.

GEORGES BATAILLE (1980:31-32)

Si el sacrificio aparece como violencia criminal, apenas existe violencia, a su vez, que no pueda ser descrita en términos de sacrificio, en la tragedia griega, por ejemplo. Se nos dirá que el poeta corre un velo poético sobre unas realidades más bien sórdidas. Es indudable, pero el sacrificio y el homicidio no se prestarían a este juego de sustituciones recíprocas si no estuvieran emparentados.

RENÉ GIRARD (1998:9)

Introducción

Los epígrafes nos plantean el parentesco tan cercano entre el erotismo y la violencia criminal. No es extraño que el sacrificio en tanto ámbito de lo sagrado aparezca como el común denominador de estas formas de violencia. Bataille, sin embargo, nos instruye sobre otro aspecto

del erotismo: la figura femenina es pasiva y es víctima en el acto del sacrificio erótico. Su contrario, la figura masculina, es el oficiante, es el victimario, es la parte activa de esto que los victimólogos no dudarían en calificar como una “pareja penal”.

Los estudios que hemos realizado sobre las características de la violencia delincencial en los últimos años en México (Manero, 2008, 2009, 2010; Manero, Orihuela y Villamil, 2004; Manero y Villamil, 1998, 2002, 2003), nos muestran una tercera vía para comprender la intrincada red que componen estos elementos, una paráfrasis del pensamiento de Girard: *si el erotismo aparece como violencia criminal, apenas existe violencia que no pueda ser descrita en términos de erotismo.*

Concédame el lector su indulgencia frente al atrevimiento de esa hipótesis. Debemos entenderla como una invitación a pensar algunas posibilidades de elucidación y resignificación de un contexto cada vez menos soportable, el intento de seguir mirando una realidad que quisiéramos desaparecer mágicamente, de resistirnos a la rutinización de la crueldad y la institucionalización de la indiferencia como condición de supervivencia.

Nuestra hipótesis sugiere no solamente la generación de formas subjetivas que corresponden a una cultura delincencial o criminógena, a partir de procesos de subjetivación que supondrían figuras identificatorias sustitutivas a los clásicos modelos parentales (ya decadentes) y sus sucedáneos. Considero que estas formas subjetivas, el ejercicio de los estilos actuales de la violencia delincencial, siempre van acompañados de fenómenos imaginarios (en la acepción antropológica y psicosocial del concepto) que suponen dinámicas específicas de producción deseante, la construcción social de configuraciones eróticas que componen el cuerpo y la sexualidad correspondiente a dicho ejercicio de la violencia.

Con Sade y con Masoch la literatura sirve para nombrar, no al mundo pues eso ya está hecho, sino una suerte de doble del mundo, capaz de recoger su violencia y su exceso. Según se dice, lo que una excitación tiene de excesivo está en cierto modo erotizado. De ahí la aptitud del erotismo para servir de espejo al mundo, para reflejar sus excesos, para extraer sus violencias pretendiendo “espiritualizarlas”, y ello tanto mejor cuanto

que las pone al servicio del sentido [...] Y las palabras de esta literatura, a su vez, forman en el lenguaje una suerte de doble del lenguaje propio para hacerlo actuar directamente sobre los sentidos (Deleuze, 2001:40).

Actualmente no sólo contamos con el testimonio literario en ese *doble* del mundo recogido por los excesos de la literatura erótica. La imagen (que acompañaba, como podía, los textos de estos pornógrafos fundantes que fueron Sade y Masoch) se ha vuelto un referente predominante en los testimonios excesivos del erotismo. No hay erotismo que no sea excesivo. Los excesos y la violencia de nuestra sociedad están ahí, fielmente retratados por un erotismo que la extrae y que, quizás para recordárnoslo, se constituye permanentemente en las lógicas de sumisión que supone la violencia extrema. El asesinato, el crimen, el homicidio y el feminicidio son excesos que requieren de la sumisión, de la victimización, de una *descripción* de la sagrada lógica sacrificial que subtiende nuestros agrietados edificios institucionales. Detrás de nuestra legislación subsisten las lógicas primarias del sacrificio y la sacralización de las figuras de la violencia. No podía ser de otra manera.

Bataille establece que la esencia del erotismo es la violencia:

Esencialmente, el campo del erotismo es el campo de la violencia, el campo de la violación [...] Sin una violación del ser constituido –que se constituyó en la discontinuidad– no podemos representarnos el paso de un estado a otro esencialmente distinto [...] ¿Qué significa el erotismo de los cuerpos sino una violación del ser de los participantes, una violación que confina con la muerte, que confina con el asesinato? [...] El ponerse desnudos, considerado en las civilizaciones en las que tiene un sentido pleno, es, si no un simulacro, al menos una equivalencia sin gravedad del acto de matar (1980:30-31).

Si efectivamente el relato erótico es el *doble* del mundo en sus excesos, el universo delincencial, las formas instituidas de su crueldad, las nuevas gramáticas del cuerpo que se muestran en una sintaxis macabra de las desapariciones, la violencia de los cuerpos descuartizados, desintegrados, serían esos relatos que producirían, en

el planteamiento de Deleuze, esa excitación excesiva que nos muestra un mundo erotizado. Son mundos emergentes, los mundos de la abyección, de la humillación y de la violencia extrema. Es eso que tiene de excesivo la excitación. Son los *nuevos actores sociales*.

Estos mundos excesivos, excedentes, erotizados, no se encuentran claramente delimitados en las fronteras de los territorios de la delincuencia. Tanto la delincuencia como nuestros mundos civilizados, nuestras legislaciones, son el resultado de las producciones deseantes, de las nuevas figuras eróticas que se instituyen a partir de mutaciones permanentes del dominio y de la sumisión, de la dominación, la explotación, la esclavización como exacerbación de la apropiación del otro, su anonadamiento y su desintegración.

Nuevos dispositivos sociales, biopolíticas y necropolíticas de un poder que no cesa de trasminarse, de ir produciendo sociedad en la medida en la que se engulle a sí mismo en su glotonería. Un Estado glotón que se reproduce al infinito en el juego de espejos que muestra que no hay otra cosa que la imagen, imagen de ese Leviatán discapacitado, cuya eficacia simbólica está más allá de cualquier duda.

Quiebra de la dialéctica, así como de las diversas maquinaciones que el intelecto intentó para dar cuenta de aquello que le daba su propio origen: el Estado que nos dicta aquello que debemos pensar, creer y escribir. Evolución o despliegue de aquello que estaba implicado. Los dispositivos sociales nos van mostrando el triunfo de las anti-utopías más temibles. Dispositivos sociales que hacen ver como inocentes caricaturas las previsiones más nefastas del siglo pasado.

Es en estos dispositivos de creación de lo social, en estos procesos dinámicos de las instituciones sociales, que debemos preguntarnos sobre las nuevas subjetividades. Están lejos Juan Soldado, así como Jesús Malverde. Nos han quitado uno a uno nuestros héroes y la vieja nomenclatura de las creencias épicas. Los relatos de Morelos y de Hidalgo se van enmohecendo, y las fiestas patrias han dejado de erizar la piel. Ahora el desfile es amenaza, que se cierne sobre los ciudadanos agolpados frente a la incredulidad de las 43 desapariciones, junto con las otras miles que esperan con los ojos abiertos, desorbitados a ras de tierra.

Los procesos de subjetivación ya no podrían confundirse más con las identificaciones y las identidades. Hemos perdido el yo en la historia neoliberal y posmoderna. Freud no pudo elucidar este yo difuso y nómada, verdadero camaleón de figuras subjetivas. No es una crisis de las identificaciones: es su exacerbación. Múltiplemente identificado, perdido en la relatividad de un universo social en infinita expansión (Agamben, 2011).

Las niñas preguntan por el sexo y el dinero, los chavos también, por el poder y por el dominio. Quieren aprender a pisar más fuerte, al de junto, a subirse en el otro para poder existir. El erotismo y su violencia, ese erotismo que requiere de la sumisión para existir, va creando sus propios sujetos. Podría pretenderse que en el acto de dominio, ahí donde se ejerce la dominación y la sumisión, ahí donde se hace el amoroso sacrificio, hay un sacrificador, un sujeto violento que somete por fuerza a su víctima.

Nada más alejado de la realidad. Victimario y víctima, sacrificador y víctima, están incorporados en la misma red, participan de la misma estructura deseante, son, en términos de Guattari, partes de esa máquina deseante del erotismo patriarcal. Deseo de dominio, deseo de sumisión, penetrar y ser penetrado o penetrada, humillar y ser humillado, todo forma parte de este ritual de la dominación. Fantasías conectadas y suplementarias, que juegan permanentemente con las faltas, las carencias y las miserias de cada quien.

Otros discursos, otras subjetividades pretenderían oponerse a este juego violento del erotismo, un juego peligroso, que fuera de los ámbitos de la simulación (ese erotismo que debe preservar los cuerpos y las pasiones) puede resultar mortífero (como ese erotismo que mata a la víctima, para la emergencia de la experiencia de lo sagrado o lo divino). Así, la apuesta femenina-feminista¹ sugiere otro erotismo,

¹ Las luchas feministas, en la diversidad de sus movimientos, no agotan los espacios de creación que se dan en la cotidianidad de las mujeres. Hay luchas femeninas que no necesariamente se reflejan en las luchas de los movimientos feministas. ¿Qué decir, por ejemplo, de los esbozos de un proyecto de vida de una mujer adolescente, frente a las formas que adquieren las relaciones de pareja?

un erotismo desprovisto de agresión y de violencia, que fuese capaz de mirar nuestra sexualidad también desde otros puntos de vista, no sólo el masculino-patriarcal.² Un erotismo que podría, en todo caso, alimentar también la lucha femenina-feminista contra la subordinación y la humillación de las mujeres. ¿Es eso posible?, ¿puede el erotismo devenir una *pasión tranquila*?

La finalidad de este artículo es reflexionar sobre este universo, generar un poco más de palabras sobre los silencios de nuestras almas mudas.

Erotismo y violencia

Indudablemente este es un tema que mueve corazones y multitudes. El erotismo aparecería como una de esas piezas que podrían reivindicar el maltratado tablero de nuestra humanidad. No obstante, estamos lejos de alcanzar una perspectiva más o menos acordada u homogénea del concepto (cosa por demás indeseable). Más arriba, la obligación de introducir la temática de este artículo me llevó a retomar algunos de los planteamientos del clásico del estudio del erotismo: Georges Bataille.

Es importante mencionar, como elemento que gravita en toda su obra, el proyecto religioso y místico de Bataille. Más reconocido como intelectual y etnólogo, el proyecto de Bataille era más bien místico y religioso. Quería fundar una nueva religión y una nueva ciencia. Aparece así, en su proyecto de *Colegio de Sociología*, la idea de una *Sociología Sagrada*. La sociología sagrada estaría acompañada por dos elementos institucionales. Por una parte, el citado *Colegio de Sociología*, que era entendido, como se expresa en su presentación, como una *comunidad moral* (Hollier, 1982:17), y por el otro, una sociedad secreta, *Acéphale*, que tenía el mismo nombre de la revista que se siguió editando, sociedad de la que poco se sabe.

² La diferencia entre lo masculino y lo patriarcal se desarrolla más ampliamente en la nota número 10 de este artículo.

Bataille conoció a fondo los trabajos de poetas y escritores malditos. Aunque tuvo admiración por el impulso revolucionario de Sade, su sensibilidad era más contractual, menos institucional, es decir, más apegada al modo de ser masoquista:³

Sin duda, la orientación mística de las investigaciones y de la experiencia de Bataille no tenía entonces la nitidez que el alejamiento le presta hoy. Pero es muy probable que Caillois hubiera sido más reticente respecto a la empresa si hubiera sido capaz de presentir su amplitud. Por su lado Caillois ya desarrollaba, a propósito del poder, obsesiones que difícilmente concuerdan con lo que Bataille describe en el mismo momento bajo el nombre de soberanía, que es negatividad sin empleo. Si, como Bataille dirá, hay que elegir entre poder y tragedia, es verosímil que sus elecciones se hubieran opuesto: voluntad de poder por parte de Caillois, deseo de tragedia por parte de Bataille. En un irónico cruce, se ve entonces a Caillois, a quien le gusta citar a Sacher Masoch, desplegar fantasmas que en líneas generales podrían calificarse de sádicos, mientras que Bataille, gran lector de Sade, se muestra apegado a valores, a guiones más impregnados de masoquismo (Hollier, 1982:10-11).

En Bataille, el tema de la muerte está presente en casi todas sus obras, pero sería en *El erotismo* donde se integra desde una perspectiva filosófica hasta la experiencia personal. Cita a Sade cuando dice que

³ Aquí me refiero al modo de ser masoquista en términos de Deleuze. Para este autor, el “pensamiento de Sade se expresa en términos de institución no menos que el de Masoch en términos de contrato. Es conocida la distinción jurídica entre el contrato y la institución: el contrato supone por principio la voluntad de los contratantes, define entre ellos un sistema de derechos y deberes, no puede oponerse a terceros y su validez es de duración limitada; la institución define en general un estatuto de larga duración, involuntario e intransferible, estatuto constitutivo de un poder, de una potencia y cuyo efecto puede oponerse a terceros. Pero más característica aún es la diferencia entre el contrato y la institución con respecto a lo que se denomina *ley*: el contrato es verdaderamente generador de una ley, aun si esta última desborda y desmiente las condiciones que le dieron nacimiento; por el contrario, la institución se presenta en un orden muy diferente del de la ley, haciendo inútiles las leyes y reemplazando el sistema de derechos y deberes por un modelo dinámico de acción, poder y potencia” (Deleuze, 2001:81).

“no hay mejor medio de familiarizarse con la muerte que aliarla a una idea libertina” (Bataille, 1980:24). La experiencia erótica es, en Bataille, una experiencia violenta. El medio del erotismo es la violencia, la violencia contra la separación del ser, contra su individualidad, su discontinuidad. La temática de la muerte aparece en una acepción filosófica a partir del concepto de continuidad. Esa continuidad en Bataille no debe entenderse sólo como concepto: es al mismo tiempo experiencia, experiencia de la continuidad de la muerte.

Es por eso que la experiencia erótica distingue a lo propiamente humano. La conciencia de la muerte y de la discontinuidad permite que el erotismo se constituya como una experiencia interior. El erotismo es violencia contra el ser constituido en su propia discontinuidad: disuelve al ser, y éste deviene *disoluto*. Indudablemente el erotismo está ligado a la sexualidad. El erotismo supone ese impulso a la reproducción. Pero en tanto seres sexuados, la reproducción sólo es posible rompiendo la discontinuidad del sujeto individual. Por ello la muerte:

Hay en el paso de la actitud normal al deseo una fascinación fundamental de la muerte. Lo que está en juego en el erotismo es siempre una disolución de las formas constituidas. Lo repito: de esas formas de vida social, regular, que fundan el orden discontinuo de las individualidades definidas que somos. Pero, en el erotismo, menos aún que en la reproducción, la vida discontinua no está condenada, a despecho de Sade, a desaparecer: está solamente puesta en cuestión, debe ser trastornada, desordenada al máximo. Hay búsqueda de la continuidad, pero en principio solamente si la continuidad, que es lo único que podría establecer definitivamente la muerte de los seres discontinuos, no vence (Bataille, 1980:32-33).

Para Bataille el erotismo puede ser también una experiencia mística, un erotismo sagrado, en el cual la figura fundamental es la del *sacrificio*.⁴

⁴ El sacrificio no sólo nos remite al erotismo sagrado. Para Bataille, el sacrificio acerca a la experiencia de lo sagrado, incluso en su acepción propiamente religiosa, lo *divino*. El erotismo sagrado va más allá que las otras formas del erotismo: “En el sacrificio, no solamente se desnuda, se mata a la víctima (o si el objeto del sacrificio no es un ser viviente, hay, de alguna

La experiencia mística acerca la concepción del erotismo como una forma exclusivamente humana, ya que su posibilidad es la de ser una experiencia interior. Así, a pesar de buscar afuera un objeto del deseo, en realidad dicho objeto debe responder a una interioridad. El erotismo es propiamente humano precisamente porque es experiencia interior de cuestionamiento de su propio ser, como ser individual y discontinuo. El erotismo desorganiza su vida, y lo pone frente al desdibujamiento de sus propias construcciones subjetivas. No hay nada de esto en la sexualidad animal. Por ello diría Bataille que:

Sea como fuere, si el erotismo es la actividad sexual del hombre, es en la medida en que ésta difiere de la de los animales. La actividad sexual de los hombres no es necesariamente erótica. Lo es cada vez que no es rudimentaria, que no simplemente animal (1980:46).

Esta perspectiva erótica de Bataille sitúa al erotismo como un proceso que incluye desde esas formas violentas del erotismo de los cuerpos, hasta la violencia de la *pasión* en el erotismo del corazón, así como la violencia sagrada del sacrificio, violencia que colinda con la perspectiva inaugurada por Girard. No obstante, debemos insistir en esa componente necesaria del erotismo, que es la violencia. “Apenas podríamos decir que, si el elemento de violación, incluso de violencia, que la constituye, está en defecto, la actividad erótica alcanza más difícilmente la plenitud” (Bataille, 1980:32).

Sin embargo, como ya el mismo Freud lo estableció, la violencia no es necesariamente la muerte. La violencia es impulso, y podría ser también una forma de deseo. En Girard, la violencia del proceso mimético

manera, destrucción de este objeto). La víctima muere, y entonces los asistentes participan de un elemento que su muerte revela. Ese elemento es lo que es posible denominar, con los historiadores de la religión, lo *sagrado*” (Bataille, 1980:36). Señalo, sólo de paso, cómo en el erotismo sagrado la violencia efectivamente no preserva materialmente al objeto erótico. Su destrucción es brutal. Acaba con la materialidad del objeto. En Girard, también el *sacrificio* está en el origen de lo sagrado, a través de la neutralización, aunque sea temporal, de la “violencia mimética”. Sacrificio, violencia y erotismo podrían ser, entonces, diferentes caras del mismo objeto.

(deseo mimético, crisis mimética, etcétera) es una constituyente básica del deseo (Girard, 1998). Asimismo, los planteamientos de Guattari sobre el deseo lo contextualizan fuera de la órbita de la falta, y más como una fuerza productiva, negativa, y por tanto violenta (Guattari, 1976).

Masculino y femenino

Sin embargo, no debemos confundir la violencia erótica con cualquier forma destructiva: “Lo que priva en parte a esta comparación de valor es la escasa gravedad de la destrucción de la que se trata” (Bataille, 1980:32). El erotismo violenta y preserva.⁵ Violenta la interdicción (no hay erotismo sin violación del interdicto), pero al mismo tiempo la mantiene. La interdicción es la condición del erotismo, y posiblemente la inversa es igualmente cierta. De cierta forma, en la imagen de nuestro epígrafe, donde el sacrificador es masculino y la víctima femenina, hay no sólo la preservación de la diferencia sexual, sino también preservación de condiciones sociales y de definiciones de estatutos que, en algún modo, también el erotismo violenta. Los principios masculinos y femeninos, a pesar de que en ocasiones sean jugados por personas de uno y otro sexo indistintamente, se preservan en una dinámica erótica.

En el movimiento de disolución de los seres, el compañero masculino tiene en principio un papel activo, la parte femenina es pasiva. Es esencialmente la parte pasiva, femenina, la que es disuelta en tanto que ser constituido. Pero, para un compañero masculino, la disolución de la parte pasiva no tiene más que un sentido: prepara una fusión en la que se mezclan dos seres que alcanzan juntos el mismo punto de disolución. Toda la actuación erótica tiene como principio una destrucción de la estructura del ser cerrado que es en estado normal un participante en el juego (Bataille, 1980:31).

⁵ Con excepción, como hemos visto, de la figura del *sacrificio* en el erotismo sagrado.

No podemos pensar que estos principios masculinos y femeninos forman una “naturaleza humana”. Recordamos, más bien, el relato feminista de la derrota histórica de la mujer. A partir de entonces, como diría Brownmiller (1975), el triunfo del enemigo se hace patente sobre el cuerpo de las mujeres. El cuerpo de las mujeres, históricamente, se ha convertido en el cuerpo de una víctima en el que se ceba su victimario. *La pasividad femenina, el cuerpo dispuesto para la actividad masculina son resultados históricos. No son la condición, sino el resultado de las estructuras eróticas que se generaron en dispositivos sociales del patriarcado y de las formas patriarcales de dominación que se sucedieron desde tiempos inmemoriales.*⁶

Así, este erotismo que describe Bataille, de cierta manera *naturalizándolo*, es un erotismo patriarcal, que supone las relaciones de violencia, como toda forma erótica, pero que tiene como condición la lógica de la sumisión. Deleuze discute las diferencias en la concepción de la ley provenientes del sadismo y del masoquismo como estructuras eróticas diferenciadas. Así, el sadismo supone la institución, mientras el masoquismo remite al contrato (Deleuze, 2001). La institución impone, domina desde su poder, es despótica, y por tanto requiere sumisión. Pero el contrato masoquista no garantiza las condiciones de igualdad. Al contrario, lo lleva a la paradoja. Es a través del contrato

⁶ La historización de la dominación de las mujeres por los hombres tiene en común, en buena parte de autores y autoras, hipótesis que proceden de una imaginación científica e histórica bastante limitada, a mi parecer. Es el caso de Susan Brownmiller, quien plantearía que la superioridad física del macho obligó a las mujeres –o hembras– a buscar la protección de otros machos, colocándose de esta manera en un lugar de vulnerabilidad y victimización, desde el cual se fueron constituyendo como *propiedad* del macho. Puede ser una hipótesis interesante, pero me parece bastante limitada. Es como si las actuales formas de dominación genérica fueran el resultado inherente a una asimetría física. No estoy muy seguro de que estos cuerpos primitivos del hombre y la mujer fuesen, efectivamente, tan diferentes en su fortaleza física. Actualmente, estudios etológicos sobre los leones, por ejemplo, muestran que las hembras no están tan desvalidas frente a los machos, a pesar de que, *a la mirada de los hombres*, siempre requieren la presencia de los machos que las aseguran frente a otros machos. ¿Son los leones, o nuestras lecturas sobre ellos?

que la víctima domina, y su subsistencia, su condición de supervivencia, está precisamente en la sumisión *a la que se obliga*.⁷

Si la ley tiene por resultado nuestra esclavitud, ¿no debe situarse la esclavitud al comienzo, como el objeto terrible del contrato? Incluso debe decirse en general que el contrato, en el masoquismo, deviene objeto de una caricatura que resalta toda su ambigüedad de destino. En efecto, la relación contractual es el prototipo de una relación de cultura artificial, apolínea y viril, opuesta a las relaciones naturales y ctónicas que nos unen a la madre y a la mujer. Si la mujer queda implicada en una relación contractual, es más bien en calidad de objeto dentro de una sociedad patriarcal. Sin embargo, he aquí que el contrato masoquista se cierra, por el contrario, con la mujer. Y en su intención paradójica está el hacer de una de las partes el esclavo y de la otra –la mujer– el amo y el verdugo. También aquí hay, pues, una suerte de denuncia del contrato por exceso de celo, un humor por precipitación de las cláusulas, un desvío radical por asignación de las personas: el contrato queda como demistificado por lo mismo que se le atribuye una intención deliberada de esclavitud e incluso de muerte, y que se le hace actuar en beneficio de la mujer, de la madre. Y, paradoja superior, quien concibe esta intención, quien concede este beneficio es la víctima, la parte viril (Deleuze, 2001:93-94).

En el erotismo patriarcal es requerida la sumisión de la víctima, la parte pasiva, la parte femenina. Así, no hay erotismo sin sumisión.⁸ La construcción de la mujer aparece, entonces, supeditada a un deseo masculino generado desde la lógica despótica. El cuerpo de la mujer está calcado sobre la dominación sexual del hombre. La mujer debe ser lo que el hombre quiera hacer de ella. La abyección,

⁷ Este dominio y poder de la víctima sobre el victimario también lo encontramos en el pensamiento de Girard, especialmente en sus trabajos sobre el *chivo expiatorio* y el *sacrificio* (Girard, 2002a, 2002b).

⁸ La descripción y caracterización de lo femenino y lo masculino dependerá, entonces, de la institución de la estructura erótica de las sociedades correspondientes. En su crítica a estas estructuras Bruckner y Finkielkraut se admiran de la asignación de “pasiva” a la sexualidad femenina, al goce femenino (Bruckner y Finkielkraut, 1988).

la humillación es parte de la construcción de ese lugar que desde ahí inventa mundos, los mundos de la dominación patriarcal. Como en la expresión pornográfica, las mujeres aparecen entonces deseando ser usadas, golpeadas, humilladas. Pero no es por deporte masculino. Esa condición humillada de la mujer,⁹ es la afirmación permanente del poder y dominio patriarcal. Humillar es precisamente alzarse más allá del suelo, en el que sumimos al sujeto humillado. La alienación femenina en el mundo patriarcal significa la estructuración del erotismo de las mujeres en la lógica patriarcal: el deseo, el goce, el dolor y el límite se estructurarán desde ese lugar que, tímidamente, Bataille reconoce en el erotismo femenino: un erotismo de la victimización, de la sumisión, de la pasividad. Con Sade, con Deleuze, aparecerá entonces una certeza: no hay más erotismo que el erotismo patriarcal...

El cuerpo femenino es así un cuerpo prostituido:

Esencialmente llamada a someterse, mediante retribución, a los fantasmas de un hombre, a realizarlos sin rechistar (trátese de un gatillazo simple, de un ritual masoquista, coprofágico, de un acceso de *voyeurisme*, de una cama redonda, de una sesión con animales, etcétera), a no alterar el guion inexorable puesto que el usuario sólo la remunera para poblar con seres de carne y hueso sus propias imaginaciones eróticas siempre que ella interprete sin repugnancia el papel asignado de antemano (Bruckner y Finkielkraut, 1988:107).

Lo que quiero subrayar es la lógica patriarcal del erotismo femenino. Brownmiller lo expresa perfectamente:

Dada la ideología masculina de la violación (la psicología de masas del conquistador), no podía sino surgir una psicología femenina de víctima (la psicología de masas de la conquistada). En su exasperación, esta psicosexualidad femenina se complace en la fantasía de violación. Dicho de otro modo, cuando las mujeres fantasean sobre sexo, las fantasías son por lo común producto del condicionamiento masculino y no puede ser de otra manera (Brownmiller, 1975:311).

⁹ La etimología de la palabra humillación nos lleva al latín *humus*: suelo, tierra...

Más cerca de nosotros, los sucesos en la cárcel de Abu Ghraib muestran que las estructuras patriarcales y despóticas del erotismo pueden ser activamente ejercidas por mujeres.¹⁰

El papel femenino en la dinámica del erotismo patriarcal se convierte, entonces, en el modelo de sumisión que se produce en las relaciones de poder y dominación. Los principios masculino y femenino, desde entonces, caracterizarán lógicas y significaciones de poder y dominio, de sometimiento mutuo a los modelos de un deseo despótico.¹¹ *Estas estructuras eróticas fundantes operarán más allá de la relación de pareja y del mundo de la sexualidad. En el ámbito público, en las relaciones laborales, en la guerra, el erotismo patriarcal es condición del goce perverso en el juego político de la dominación.*

Es por ello que los actos de violencia, del tipo que ésta sea —simbólica, doméstica, criminal o delincuencia—, pueden ser descritos desde la lógica del erotismo, es decir, *invocan* esa erotización que supone, como decía Deleuze, todo exceso.

Es esta perspectiva la que será fuertemente debatida por diversas feministas en diferentes tradiciones.

El erotismo edulcorado

Hay otra concepción respecto del juego erótico patriarcal: toda la violencia del erotismo está adjudicada a la violencia masculina y

¹⁰ Y aquí se abre un tema que no puedo desarrollar en este espacio. Hay una confusión entre lo patriarcal y lo masculino. Se asume de inmediato que las formas masculinas son inmediatamente patriarcales. En esto, se olvida lo que Lore Aresti ha señalado repetidamente: quienes primero sufren los efectos de una cultura patriarcal son los mismos hombres. Muy recientemente ha surgido una reflexión sobre las masculinidades, que intenta replantearse la singularidad de lo masculino, más allá de la denuncia de la violencia patriarcal. Sobre la violencia y el erotismo presente en los eventos de Abu Ghraib, puede consultarse mi artículo “Cuerpo, terror, abyección” (Manero, 2008).

¹¹ Queda por analizar, por falta de espacio, las condiciones psíquicas desde las cuales es posible y se generan tales lógicas de dominación. Las formas de negación de la alteridad, las fantasías de devoración e incorporación, etcétera, que varios autores han tratado desde diversas perspectivas psicológicas.

patriarcal. Habría entonces otro erotismo, un erotismo tranquilo, un erotismo suave, no violento, que sería un erotismo no reconocido en la medida en la que se trataría, consecuentemente, de un erotismo femenino.

En Alberoni, por ejemplo, el erotismo femenino aparece como el erotismo de la novela rosa: más sutil, menos violento, que se desarrolla más desde las lógicas deleuzianas del masoquismo (Alberoni, 1989). Sin embargo, detrás de esta diferencia se desarrolla una serie de adjudicaciones y posturas poco documentadas, por decir lo menos.

Así, se va estableciendo una equivalencia: violencia en el erotismo es lo mismo que la violencia explícita, física y verbal (una violencia calcada del modelo sádico, institucional en el sentido de Deleuze). Esta violencia, inmediatamente, es atribuida al hombre. El erotismo masculino (y no solamente patriarcal) es un erotismo violento, que humilla y lesiona a las mujeres (a pesar de que en muchos casos es ejercido por las propias mujeres, no como erotismo desde el modelo masoquista-contractual). Las mujeres no han tenido otra posibilidad que ajustarse a esa forma de erotismo, y como lo dice Brownmiller entre muchas otras autoras, no podría ser de otra manera. Están *condicionadas* por ese erotismo patriarcal. Desde ahí el deseo de violación, el deseo de *ser conquistadas* (psicología de masas de la conquistada), de ser humilladas, es decir, de asumir una posición pasiva (cuestión que sería, paradójicamente, negada por las características propias del suceder sexual de las mujeres; de acuerdo con Bruckner y Finkielkraut, el orgasmo femenino, la actividad femenina durante el coito podrá tener de todo menos pasividad). Gabriela Castellanos lo dice con suma claridad:

Concuerdo con ella¹² en que las mujeres hemos sido educadas en gran medida para tolerar la humillación sexual, e inclusive para desearla. Pero allí precisamente, en el mismo deseo femenino, reside uno de los mayores obstáculos para erradicar la pornografía denigrante para las mujeres. Aún más, esa tendencia a la perversión masoquista del deseo de al menos

¹² Se refiere a Catharine McKinnon.

algunas mujeres, no sólo permite la pornografía, sino también muchas otras formas de subordinación de las mujeres. De algún modo, al tolerar el maltrato, al sentirse halagadas por la posesividad de los varones que son sus compañeros sexuales, al aceptar pasivamente la dominación y las humillaciones, las mujeres (al menos algunas de ellas, y quizá todas al menos alguna parte del tiempo) muchas veces contribuyen a poner en manos de los maltratadores el poder con el cual se les avasalla (2006:59).

De esta manera, a un erotismo que no sólo se les impone, sino que también las conquista, las incorpora en sus propias relaciones (*no podría ser de otra manera*), se tenderá a oponer otro, un erotismo en el cual su carga de violencia (*el campo del erotismo es el campo de la violencia*) deberá quedar invisible, latente o inexistente.

Para Bataille, la pasión es la forma del erotismo del corazón. “Pero para el que la siente, la pasión puede tener un sentido más violento que el deseo de los cuerpos [...] introduce antes que nada trastorno y perturbación” (1980:33). Además señala que las posibilidades de sufrir por la pasión son mayores que en el erotismo de los cuerpos. La muerte también está ahí presente, en la violación de la individualidad discontinua. La pasión es búsqueda de algo imposible, es una pasión violenta:

Si la unión de los dos amantes es el efecto de la pasión, apela a la muerte, al deseo de asesinato o de suicidio. Lo que designa a la pasión en un halo de muerte. Por debajo de esa violencia –a la que responde el sentimiento de continua violación de la individualidad discontinua– comienza el terreno del hábito y de egoísmo compartido, esto quiere decir una nueva forma de discontinuidad (Bataille, 1980:35).

Al contrario, la postura sobre el erotismo y la pasión en la perspectiva femenina y feminista, parecería haber renunciado a toda violencia. Pero al mismo tiempo, la renuncia a la violencia, como lo comprendía Bataille, era también el distanciamiento del erotismo de la condición sexual, y su disolución en eso que Freud llamaría el *amor oceánico*, ese amor indiscriminado y abstracto al mundo. Bataille señalaba que la pérdida del elemento violento traía consigo también una pérdida

de la experiencia erótica, de ese elemento de la experiencia interior. Castellanos, en una línea feminista, hace suyas las palabras de Eileen O'Neill:

Lo erótico puede darnos un poder que puede ser usado en lugares diferentes a nuestras camas. Si Audre Lorde está en lo correcto, y lo erótico puede darnos energía en nuestro trabajo y en nuestra lucha, y puede ser una forma de conocimiento, entonces seguramente no es de la esencia de lo erótico el ponernos en un estado de ansiedad sexual intensa o provocarnos un orgasmo. Cuando nos encontramos en estos estados, difícilmente podemos ver más allá de nuestros amantes. El erotismo es la pasión tranquila¹³ (Castellanos, 2006:54).

No es una pasión tranquila, precisamente porque puede dar energías para su lucha, la lucha feminista. El lugar de la violencia está desplazado. Se trataría, posiblemente, de una figura asociada al *erotismo sagrado*, pero una forma secularizada. Desroche (1973) planteaba que una esperanza secularizada no necesariamente estaba desacralizada. Más bien habría desplazado su lenguaje y sus formas de expresión. La lucha feminista (por demás está decir que como cualquier otra lucha), tiene también una dimensión imaginaria que surca por los cielos de lo sagrado. Es ahí donde está desplazada una violencia que permitiría, entonces, hablar de esa *pasión tranquila*.

El desplazamiento de la lucha es, entonces, también un desplazamiento a la política en las formas del erotismo. Se corresponde, indudablemente, con el erotismo sagrado. Y es desde esa política en la que se ejerce la violencia en contra de los hombres, en la doble confusión de su naturaleza violenta (¿será que con nosotros, hombres, tampoco *podía ser de otra manera?*), y en la asignación de patriarcas. La violencia masculina y la violencia patriarcal son también violencias que los hombres sufren, pero que además son constituyentes del deseo erótico, de la vida misma. Hombres y mujeres ejercemos la violencia, en dispositivos específicos, desde roles distintos. La edulcoración del

¹³ La cita es de Eileen O'Neill (1989).

erotismo como *pasión tranquila* establece otras formas de violencia que suponen, precisamente, el debilitamiento masculino.

Así, sólo con un hombre más débil (¿pusilánime?), que perdió junto con su violencia la virilidad, va surgiendo la construcción de una pasión tranquila del erotismo, de un erotismo que saca la violencia del juego sexual de los cuerpos, de la pasión, del sacrificio, para insertarlo en esas otras pasiones de la política. Es esa otra construcción la que puede marchar codo a codo, hombro con hombro, con esas mujeres que luchan por su liberación, que no podría ser otra cosa que la liberación de todos.

Sophie Large, con una sensibilidad extraordinaria en relación con la obra de Gioconda Belli, muestra con nitidez ese pasaje:

A pesar de la eficacia de su provocación electoral, el PIE¹⁴ no habría tenido éxito en la obtención del poder sin un evento natural imprevisto: una erupción volcánica cuyas emanaciones hicieron bajar la tasa de testosterona en los hombres de Faguas en el momento oportuno. El volcán, frecuentemente asociado al erotismo femenino en la obra de Gioconda Belli por su comparación con los senos [...] se convierte en aliado del partido endulzando el carácter de los hombres, tanto en la recámara como en la plaza pública. Entonces, es la neutralización, a favor del erotismo, de la sexualidad agresiva y animal del hombre lo que va a permitir la victoria de las “eróticas”¹⁵ (Large, 2015: párrafo 18).

El erotismo, en esta fantasía relatada por Gioconda Belli y finamente analizada por Large, tendría que estar completamente desprovisto de

¹⁴ Partido de la Izquierda Erótica.

¹⁵ La traducción es mía (RM). "Malgré l'efficacité de sa provocation électorale, le PIE n'aurait pas réussi à accéder au pouvoir sans un événement naturel imprévu : une éruption volcanique dont les émanations firent baisser le taux de testostérone chez les hommes de Faguas au moment opportun. Le volcan, souvent associé à l'érotisme féminin dans l'œuvre de Gioconda Belli par sa comparaison avec les seins [...] se fait donc l'allié du parti en adoucissant le caractère des hommes, aussi bien dans la chambre à coucher que sur la place publique. C'est donc la neutralisation, au profit de l'érotisme, de la sexualité agressive et animale de l'homme qui va permettre la vic-toire des 'érotiques'".

su violencia. Desprovisto de agresión. Solamente así podría desplegarse el erotismo femenino:

Sobre ella se convertía en colibrí, en delicado perrito faldero, en delfín [...] Dudaba de que existiera en el mundo una capacidad de ternura semejante a la de él, con una intuición casi femenina para saber que un cuerpo de mujer no responde ni se abre ante la rudeza, que mientras más suave la caricia más desmedida será después la pasión de la potranca que cabalgará (Belli, citada en Large, 2015: párrafo 9).

En estos párrafos quedan claros algunos de los elementos que hemos discutido en el texto. Por una parte, la degradación de la violencia erótica a una forma animal. En general, esta equivalencia entre la violencia y el comportamiento animal es muy socorrida, especialmente en relación con el planteamiento de Bataille, respecto al erotismo como una práctica exclusivamente humana. Por ello se plantea un sinsentido y un desplazamiento: el erotismo no podría, entonces, ser violento, si la agresividad nos emparenta con los animales.

Por otro lado, la asignación de la agresión y la violencia a los hombres, al género masculino. De acuerdo con nuestro análisis, las estructuras eróticas patriarcales no son exclusivas de los hombres, sino que toda la sociedad (incluyendo homosexuales, transexuales, etcétera) está imbuida. El ejercicio violento del erotismo patriarcal también es ejercido por mujeres (por ejemplo, en Abu Ghraib). La conclusión es que ese otro erotismo, esa pasión de la “potranca que el hombre cabalgará”, sólo podrá emerger cuando renuncie a su agresión, a su violencia y, que no es lo mismo, a su virilidad. Que se vuelva colibrí, perrito faldero...

Brownmiller plantearía:

El acto sexual, que puede desembocar en preñez, tiene como *modus operandi* lo que los hombres llaman “penetración”. Sin embargo, la palabra “penetración” describe lo que hace el hombre. La feminista Barbara Mehrhof ha sugerido que si las mujeres estuvieran a cargo del sexo y el lenguaje, el mismo acto podría muy bien llamarse “encierro”, concepto revolucionario que, mucho me temo, el mundo no está preparado para absorber (1975:321).

Habría que preguntarse, con Bruckner y Finkielkraut, si no sería esa otra manera de establecer una equivalencia en las formas de dominio que el erotismo patriarcal invoca.

Bibliografía

- Large, S. (2015). “L'érotisme politique: le programme du ‘Partido de la Izquierda Erótica’ dans El País de las Mujeres de Gioconda Belli”, *América. Cahiers du CRICCAL*, núm. 46, pp. 97-105.
- Castellanos, G. (2006). “Erotismo, violencia y género: deseo femenino, femineidad y masculinidad en la pornografía”. *La Manzana de la Discordia*, 1(2), Cali: Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, pp. 53-65.
- Alberoni, F. (1989). *El erotismo*. México: Gedisa.
- Agamben, G. (2011). “¿Qué es un dispositivo?”, *Sociológica*, 26(73), pp. 249-264.
- Bataille, G. (1980). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Brownmiller, S. (1975). *Contra nuestra voluntad. Hombres, mujeres y violación*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Bruckner, P. y A. Finkielkraut (1988). *El nuevo desorden amoroso*. Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G. (2001). *Presentación de Sacher-Masoch. Lo frío y lo cruel*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Desroche, H. (1973). *Sociologie de l'espérance*. París: Calmann-Lévy.
- Finkielkraut, A. (1985). *La sabiduría del amor*. Barcelona: Gedisa.
- Girard, R. (2002b). *La ruta antigua de los hombres perversos*. Barcelona: Anagrama.
- (1998). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- (2002a). *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Hollier, D. (1982). *El Colegio de Sociología*. Madrid: Taurus.
- Manero, R. (2008). “Cuerpo, terror, abyección”. *Ide@s Concyteg*, 3(36), pp. 56-68.
- (2010). “Violencia y erotismo II. El estudio de la violencia”. *Subjel Civitas* (5).
- (2009). “Violencia y erotismo. La institución del psiquismo”. *Subjel Civitas* (4).

- , Lorena Orihuela y Raúl René Villamil (2004). “La violencia de la sospecha. La construcción de la víctima en el planteamiento victimológico”, *El Cotidiano*, núm. 127. México: UAM-Azcapotzalco.
- Manero, Roberto y Raúl Villamil (2003). “El correlato de la violencia en el síndrome de estrés posttraumático”. *El cotidiano*, núm. 121, México: UAM-Azcapotzalco.
- (1998). “Movimientos sociales y delincuencia: grupos civiles y dinámica de la participación civil”. *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 13. México: UAM-Xochimilco.
- (2002). “Violencia y victimización. Ensayo crítico desde una perspectiva psicológica”. *El Cotidiano*, núm. 111, México: UAM-Azcapotzalco.
- O’Neill, E. (1989). “(Re)presentations of Eros: Exploring Females Sexual Agency”, en Alison M. Jaggar y Susan Bordo (eds.), *Gender Body Knowing. Feminist Reconstructions of Being and Knowing*. New Brunswick: Rutgers.
- Pino, M. (2015). “Erotismo, sexualidad y misoginia en relatos policiales del siglo XXI en el Cono Sur”. *América. Cahiers du CRICCAL*, núm. 46, pp. 189-196.
- Rabassó, F.J. (2014). “Sadisme, érotisme macabre et oppression”. *América. Cahiers du CRICCAL*, núm. 45, pp. 147-156.